



LA FE

Oid, niños, oid, y grabad bien en vuestra memoria lo que voy á deciros.

Hoy sois felices, completamente felices, porque el candor que se refleja en vuestros infantiles semblantes constituye vuestro mejor patrimonio.

Hoy estais á salvo de las pérfidas asechanzas del mundo, escudados con la inocencia de vuestras almas.

La vida para vosotros es hoy un verdadero encanto, como lo demuestra la sonrisa que asoma á vuestros labios, y el grito de alegría que se escapa de vuestros corazones.

Pero ha de llegar un dia, no lo olvidéis, hijos míos, ha de llegar un dia en que perdida la inocencia propia de la edad de la niñez, y que forma vuestro principal adorno, empeceis á saborear la amarga hiel de los desengaños y á tropezar con los escollos del mundo; y ese dia está más próximo de lo que os figurais, porque el tiempo no se detiene nunca, avanza siempre.

No os desconsoléis, sin embargo, te-

niendo muy presente que para mostrarnos fuertes ante el peligro y combatir con éxito en el momento de la lucha, no necesitais otras armas que las de la fe.

La fe purifica, salva y proporciona la verdadera felicidad.

La fe es una luz vivísima que, naciendo del trono del Altísimo, viene á iluminar este valle de lágrimas.

Es una luz que sólo vemos con los ojos del alma y que, cual luminoso faro, nos conduce á puerto de salvación.

La fe es el bálsamo de todos los dolores y el remedio en las necesidades de la vida.

Es el rocío divino que fortifica los atribulados espíritus.

Es la encargada de anunciarnos las felicidades eternas.

Es el mismo Dios que desciende á nuestro lado para consolarnos y defendernos.

Si os hallais faltos de fe, mis pequeños lectores, el desaliento se apoderará

de vuestras almas y caminareis á tientas por el mundo, porque la fe interviene en todas nuestras acciones y en todas las situaciones de la vida.

La empresa mejor combinada y el negocio más fácil y hacedero, fracasarían de seguro si los encargados de llevarlos á término prescindien de la fe para arrojarse en brazos de la duda.

La ruina de innumerables empresas no tiene otro origen que la vacilacion y la desconfianza con que fueron emprendidas.

La fe proporciona siempre la salvacion del alma, y muchísimas veces la salud del cuerpo.

En medio de los sinsabores del mundo, en medio de esa lucha azarosa y continua, que constituye la vida, la fe nos sostiene cuando nos hallamos próximos á desfallecer, nos consuela cuando el dolor se apodera de nuestras almas, nos salva cuando, sin saberlo muchas veces, nos colocamos al borde del precipicio.

Sin la existencia de la fe, la humanidad caminaria sin objeto, sin ilusiones y sin esperanza, y el porvenir se nos ofrecería tan oscuro y tan triste como la sombra de la muerte.

Ahora bien, mis amados lectores, para comprender toda la importancia de la fe, figuraos, nada más que por un momento, que el excepticismo se ha apoderado de vosotros, y que por efecto de su perniciosa influencia desconfiais de las palabras y del cariño de vuestros hermanos, de vuestros amigos, de vuestros mismos padres.

Figuraos que la duda, cuando ménos, os persigue por todas partes, y comprendereis lo angustiosa que sería la vida si á los dolores que la misma nos proporciona agregáramos la in-

tranquilidad consiguiente á la ausencia de la fe.

En tal situacion, recelariamos á todas horas de nuestros semejantes, y no hallariamos ni una sola persona á quien confiar nuestras alegrías ó nuestras penas.

Careceriamos de todo recurso y de todo consuelo, y llegaría á secarse nuestro corazon falto de la sávia vivificadora que le presta el purísimo sentimiento que brota del alma y que elevamos hasta Dios cuando queremos bendecirle y ensalzarle.

Por eso entre todas las grandes desgracias conocidas no hay ninguna que pueda compararse con la del ateo.

El ateo se encuentra siempre en medio de la soledad más espantosa, porque para él no existen la amistad, ni los lazos de la familia, ni la misericordia de la Providencia.

El ateo vive luchando con su impotencia, y concluye por arrojarse en brazos de la desesperacion, único y terrible recurso que le queda.

Los ateos niegan á Dios, porque son incapaces de comprenderle, y al apartarse voluntariamente de la fe, labran ellos mismos su mayor desgracia.

Los ateos *tienen oídos y no oyen, tienen ojos y no ven*, cuando nada significan para ellos las maravillas sin cuento que constituyen la naturaleza y que proclaman á todas horas la existencia de Dios.

La fe, pues, mis pequeños lectores, nos es absolutamente necesaria para resistir los embates del mundo y para aminorar las desdichas de la suerte.

Ninguna persona que sienta arder en su corazon la llama de la verdadera fe debe tenerse por desgraciada.

No olvideis ni por un momento, mis

amados lectores, la série de incontrovertibles verdades de que dejo hecha mencion, y arraigad muy profundamente en vuestras almas la consola-

dora virtud de la fe, con la cual sereis felices al presente y nada tendreis que temer para lo sucesivo.

FRANCISCO DE LA CORTINA.



EL NIDO.

¿Qué haces, niño, en la rama
de ese arbolillo?

¿Le robas á una madre
sus tiernos hijos?

¡Ay! ¿tú no tienes
una madre que llora
si te perdiere?

Baja, baja del árbol;
deja ese nido;
lasavecillas lloran
pidiendo abrigo.

¡Ay! ¡como el ave
llora el niño que pierde
su buena madre!

TEODORO GUERRERO.

GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

(Continuacion.)

III.

LAS LÍNEAS.

Muy deseosos estaban en el jardín Rafael y sus compañeros de que llegase su nuevo catedrático de geometría, catedrático y compañero, que debía tratar en aquella tarde de las líneas, teniendo la enseñanza que daba tal atractivo para los escolares, que, cosa rara, todos deseaban llegase la hora de la lección.

Cárlos llegó al fin, y dirigiéndose al cenador con sus compañeros, dió principio á su explicación.

Debía tratarse de las líneas, como dejamos mencionado, empezando así mi amiguito:

—Ya hemos dicho ayer lo que era línea, ya recordareis que Rafael la definió diciendo que era *la extensión limitada por una sola dimensión*.

Ahora vamos á ver las diversas clases de líneas que tenemos.

Desde luego vosotros conocéis dos clases, que habeis notado siempre denominándolas derecha ó tuerta; pero estos nombres no podemos dárselos desde hoy que empezamos á estudiar con juicio esta ciencia tan útil como provechosa.

Tenemos cuatro clases de líneas: *recta, curva, mixta y quebrada*.

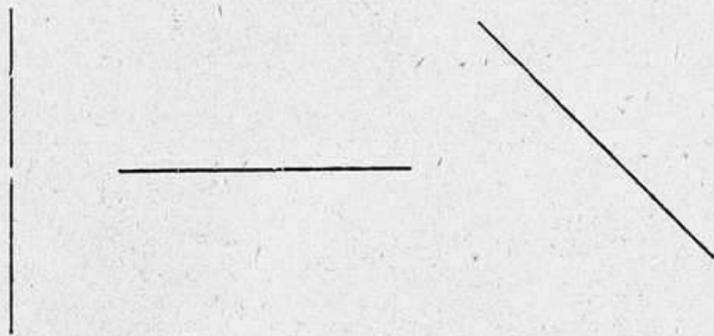
Creo habeis comprendido que una línea es lo que comunmente llamamos *una raya*, diciendos esto no porque hayais dejado de comprenderlo, sino por-

que esteis más seguros de la que llevamos ya dicho.

La línea recta es lo que vosotros llamais una raya derecha, y debo manifestaros que no es muy fácil decir lo que es una línea recta; sin embargo, podemos convenir en que es *la que tiene todos sus puntos en una misma dirección*.

Poned un hilo tirante: veis que guarda una misma dirección desde una punta hasta la otra: el hilo está derecho, forma una línea recta. No le atiranteis: deja de ser recto desde el momento que cesa la tensión. Al venir he cogido unas varillas de mimbres; estas, aunque gruesas, me han de servir para presentaros las diversas clases de líneas. Ved esta qué derecha es: nos presenta la línea recta; pero como no es muy perfecta, os la voy á representar mejor.

Y Cárlos sacó una barra de yeso, y sobre la tapa de la mesa, que ya dijimos habia en el centro del cenador, trazó tres líneas en esta forma:



Aquí teneis, dijo, tres rayas que nos representan otras tantas líneas rectas.

Vamos ahora á ver la línea curva. Se llama así á la línea que no tiene recta ni la más pequeña parte, ó si

quereis mejor, á *aquella cuyos puntos varian incesantemente de direccion*. Es muy fácil presentaros una línea curva: si cojo esta varilla y la doblo por las puntas, me da una línea tal cual la queremos, y en efecto, la varilla doblada presentaba esta figura:



Los discípulos seguían con gran atención las líneas que les presentaba su maestro, y se veía claramente que comenzaban á interesarse en el estudio.

—Yo no creí, dijo uno, que la geometría fuera cosa tan curiosa.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Pues aún no habeis visto nada. Todos los estudios, amigos míos, son útiles y curiosos, y en ninguna cosa mejor puede emplearse el tiempo.

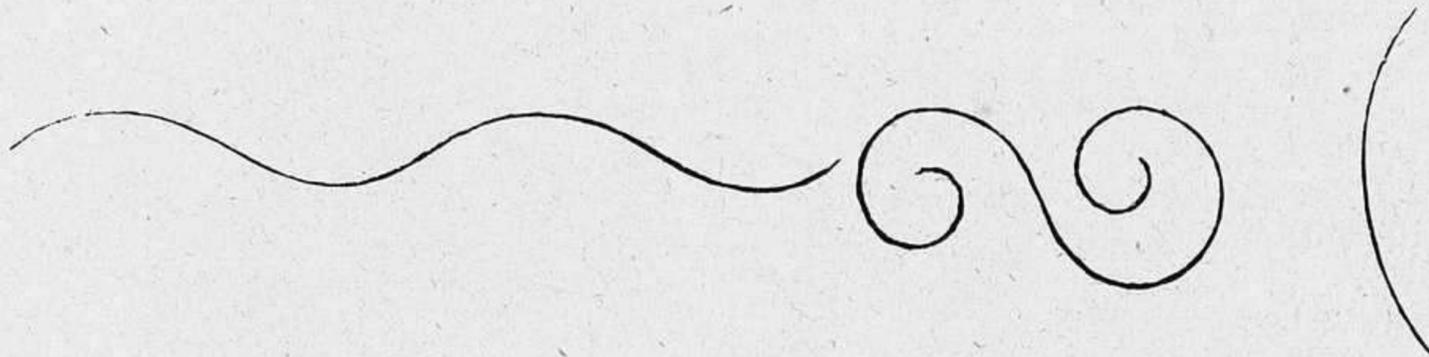
—Mejor es esto que jugar á los soldados, y hacernos daño sin querer con la caña que nos sirve de escopeta.

—Me alegro de hallaros tan bien dispuestos al estudio, dijo el simpático maestro, con una gravedad impropia de su juventud, pero digna de su buen sentido y prematura formalidad.

Y continuó:

—Aquí teneis la curva; línea que no tiene derecha ni la más pequeña parte: ahora voy á dibujaros otra sobre esta tapa.

Y Carlos tomó el lápiz nuevamente, y trazó las siguientes líneas:



Estéban, al ver trazar la primera de estas líneas, exclamó:

—Esta parece que serpentea; representa exactamente el movimiento de las serpientes.

—Sí, querido Estéban, tienes razón en tus observaciones, respondió mi amiguito; si tú ves una serpiente, es muy probable que su prolongado cuer-

po te presente siempre una línea curva. Algunos llaman á ésta línea ondulada, porque representa á las olas del mar en su continuo movimiento.

Ya hemos considerado las dos principales líneas que tenemos; las otras son ménos importantes, puesto que se derivan de éstas.

Consideremos la línea mixta.

Se llama así á *la que se compone de recta y curva*. Mirad esta varilla: si yo la doblo por su extremo más delgado,

nos representa la línea mixta en esta su figura

—Es verdad.



—En ella teneis la parte recta constituida por la parte más gruesa de la varilla; lo demás es perfectamente curvo, gracias á la fuerza que obra en su extremo, y que la mantiene doblada.

Cualquiera línea que tenga parte recta y parte curva, es mixta: puede ha-

ber, por esto, en esta clase mucha variación.

Nos queda la línea quebrada.

Nada más fácil que representároslo. Ved aquí; quiebro está varilla por diversos puntos y de modo que no se separen los pedazos. Aquí la teneis; vedla:



Cada pedazo es una línea recta; todos, sin embargo, forman la quebrada, que podemos definir del modo siguiente: *línea quebrada es aquella que se compone de varias rectas que, unidas entre sí, no forman sin embargo una sola*.

Con esto concluimos las cuatro clases de líneas que tenemos, y pasaremos á considerar la recta, que es la más importante, en las diferentes posiciones que puede tener. Al presentaros la línea recta os la dibujo en tres posiciones, porque tres son las que puede tener.

Ved aquí; mirad este hilo que he traído á propósito: tiene un peso en su extremo, cae derecho hácia abajo, perfectamente sin inclinarse más de un lado que de otro. Tiene la dirección *vertical*.

Vedlo:



Mirad ahora esta varilla. Vé Luis y échala en el estanque, nosotros la podemos ver desde aquí: eso es; queda sobre el agua porque la madera es

más ligera que ella; ved que no sale más de un extremo que de otro: ved que tiene todos sus puntos á una misma altura; tiene, sin que podamos dudar, esta direccion.

Y Carlitos trazó con el yeso una línea exactamente igual á esta

Aquí tenemos, dijo, la *horizontal*.

Puede, por lo demas, suceder que una línea recta no se halle en ninguna de estas direcciones: entónces se llama *inclinada*.

Ya veis que una línea recta puede ser *vertical*, *horizontal* é *inclinada*. La primera tiene la direccion de un hilo suspendido con un hilo en su extremo; es decir, de lo que se llama *plomada*: la segunda tiene la direccion de la superficie que el agua nos presenta cuando está sosegada, la tercera puede tener cualquiera direccion que no sea una de las anteriores; por ejemplo una de estas:



Por esto podeis ver que una recta puede ser considerada de estos tres

modos que no existen para la curva ni para las otras dos que hemos considerado.

Por todas partes vereis líneas rectas, curvas, mixtas, quebradas, rectas verticales, horizontales é inclinadas: sólo me resta haceros notar una cosa, y es la siguiente: en las obras de los hombres vereis á cada momento la línea recta; en las naturales, en las del gran Arquitecto universal, encontrareis seguramente el dominio de las otras tres. Notadlo y reflexionad sobre ello; observad atentamente los objetos que se presenten á nuestra vista; ya tendreis repetidas ocasiones de convenceros de ello.

Ya es casi de noche, nuestra leccion debe terminar aquí, si no queremos que nuestros padres estén cuidadosos por nuestra tardanza. Así dijo Carlos, y sólo entónces notaron sus compañeros la verdad de lo que decia mi amiguito. Tanto les distraia la enseñanza de la geometría, que no habian notado que hacía tiempo que el sol habia traspasado el horizonte, y que la noche extendia ya su negro manto haciendo desaparecer el color de las flores, é igualando á todos los seres en su oscuro matiz.

EDUARDO THUILLIER.





LAS GOLONDRINAS

I.

Cuando mueren las flores y el sol se nubla;
cuando al pié de los árboles ruedan sus hojas
marchitas ya;
cuando todo está seco y el cielo es triste...
en busca de otro cielo, las golondrinas
marchando van.

Cuando nacen las flores y el sol más brilla;
cuando el árbol cubierto de verdes hojas
se vuelve á ver;
cuando es bella la vida y alegre el cielo...
en busca de su nido, las golondrinas
vuelven también.

II.

La golondrina anuncia la primavera;
si un punto de su nido, cruel invierno
la arrebató,

vuelve luego amorosa, cruzando mares,
en busca de aquel nido, de sus mayores,
donde nació.

Siempre vuelve á su nido todos los años;
allí nació su madre, también sus hijos
nacen allí;
y si el hambre ó el tiempo su vida hieren,
también al mismo nido, la golondrina
viene á morir!...

III.

¡Ay de aquel que arrastrado por los placeres
á la feliz morada de las virtudes
no vuelve más!
¡Dichoso el que olvidado de las pasiones,
para morir en calma y arrepentido
vuelve á su hogar!

RICARDO SEPÚLVEDA.

LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO

(CONTINUACION)

XVIII.

EL PARLAMENTARIO

(El parlamentario es inviolable.)

Cuando el infortunado Francisco pudo respirar, lo hizo con toda la fuerza de sus pulmones, ya muy necesitados de aire. Luego, viendo á Carlitos que al ver el estado lamentable á que se hallaba reducido, no podia contener la

risa, le dijo: «¡Infame! Tú me la pagarás.—Está bien, general; ya hablaremos cuando sea de dia: nunca me he negado á pagar mis deudas: entretanto os ruego que tengais paciencia: si os dejais llevar de la cólera, os pondreis enfermo, y para calmaros, si me seguis injuriando, tendré que rogar al general Jorge que me ayude á daros un baño en la fuente, que está aún llena á pesar de vuestros esfuerzos, y



me alegraré de veros nadar atado de piés y manos.» Las burlas de Carlitos excedian de lo regular, y Francisco dirigió al cielo una expresiva mirada, y se calló. Jorge llamó á Roberto y Enrique, y les mandó que le *trageran* al prisionero Alberto para reunirlo con su

general. Alberto, que tambien tenía atados los piés y las manos, no podia moverse; así es que lo cogieron por los piés y por los sobacos y le llevaron como un fardo, hasta el estanque, poniéndolo apoyado contra la pared, bastante léjos de Francisco, para que

no pudieran comunicarse ni áun por medio de la mirada.

¡Qué tristes eran las reflexiones que hacian los prisioneros y con qué amargura acusaban interiormente á la suerte de las batallas! Agrupados á corta distancia de ellos, sus enemigos celebraban consejo á la luz de sus antorchas de resina. El viento hacía vacilar la llama y formaba torbellinos de humo. Los rostros de los vencedores y de los vencidos, iluminados á intervalos desiguales, aparecian y desaparecian sucesivamente en la sombra. Aquello tenía algo de majestuoso y de

siniestro á la vez. Jorge habia convocado el consejo de guerra, para que cada cual emitiera su opinion acerca del sitio en que podria haberse emboscado la caballería enemiga y discutir si no era de temer que intentase una carga desesperada para poner en libertad á los prisioneros. Cada uno daba su parecer, porque ignoraban la desgracia de Rodolfo y Pablo. Aún estaban indecisos sin saber qué partido tomar, cuando á la luz de las antorchas vieron agitarse un pañuelo blanco, puesto en la punta de un palo, y oyeron la voz de Pablo que pedia *parlamento*,



despues de anunciarse imitando con la boca un toque de trompeta.

— ¡Ah, dijeron, un parlamentario! Veamos. ¿Conque quereis parlamentar? veremos qué proposiciones haceis cuando tenemos prisionero á vuestro general en jefe y una parte de vuestro ejército.

«Enrique, dijo Jorge despues de un

momento, en la voz de ese parlamentario que pide una conferencia, he reconocido la de Pablo vuestro hermano. Aunque yo esté bien persuadido de vuestro honor y lealtad, no creo conveniente que seais vos quien le reciba. Roberto se encargará de ese cuidado: ya sabeis las reglas establecidas para semejantes casos. Ante todo, debeis

exigir que el trompeta que acompaña al parlamentario no éntre en nuestro campamento. Es verdad que no le acompaña ningun trompeta y que se ha anunciado el mismo, pero por si acaso... En seguida, aunque es de noche, hay que vendar los ojos al parlamentario, á fin de que no se entere del órden de nuestro campo, y no pueda calcular nuestras fuerzas ni el estado de nuestros víveres y municiones. Sin preguntarle cuáles son las instrucciones, que sólo yo tengo derecho á saber, le hablareis por el camino, procurando engañarle acerca de nuestra posición, que indudablemente tratará de averiguar.»

Roberto saludó respetuosamente al general, y marchó á desempeñar la misión que se le habia confiado. Cuando estuvo en el límite extremo del campamento, gritó al parlamentario que fijase su bandera en el suelo en señal de que iban á abrirse las conferencias, y que avanzase solo.

Pablo avanzó sin temor: sabía que una vez admitido *el parlamentario es inviolable*; y que nadie que no quiera pasar por un salvaje, osará nada contra él en ninguna nacion del mundo. Como tambien conocia los usos de la guerra, se dejó vendar los ojos y pidió que se le condujera á presencia del general en jefe ó del jefe de estado mayor general. Roberto contestó que tenía órden de llevarle directamente á la tienda del general en jefe Jorge, el cual queria oír en persona al parlamentario; que sabía era un oficial de los más distinguidos. Pablo contestó que se le honraba demasiado, y que veia que el mérito y la cortesía se albergaban en el campamento á que le llamaba su deber. Y Pablo y Roberto, que

sabian que la mayor parte de las veces que en casos semejantes se hacen esos cumplidos, es porque cada uno desea hacer hablar al otro, se pusieron en guardia, proponiéndose observar la mayor cautela.

Pablo, á quien hasta ahora hemos visto figurar en segundo término, estaba léjos de ser un mozo vulgar, y si su genio no le inspiraba esas ideas militares luminosas y terribles que conciben los grandes hombres de guerra, su espíritu imparcial y reflexivo le hacía muy á propósito para circunstancias como las en que á la sazón se encontraba.

Era más diplomático que guerrero, aunque estas dos cualidades no se excluyan, y se hayan visto reunidas en más de un importante personaje. En todo caso, Pablo era muy apto para el cargo que en aquel momento desempeñaba, de lo cual dió pronto muchas pruebas.—Mucho me alegro, dijo al echar á andar, coronel Roberto, de la ocasion... Poco á poco, interrumpió el otro, capitán Roberto, y no coronel.

—¡Ah! perdonad, yo, considerando lo que debiais ser cor... cor... capitán Roberto, decia que me felicito de poder entrar en relaciones con un oficial tan distinguido, y que daría la pequeña parte de gloria que puede tocarme en esta campaña por veros esta noche á mi lado en la mesa, participando del banquete con que obsequiamos á *los oficiales de las tropas aliadas que han venido esta noche á engrosar nuestra caballería*, tanto más cuanto que tendremos manjares frescos, procedentes de los *furgones de víveres* que acabamos de recibir. Estas palabras, dichas del modo más natural del mundo, hicieron abrir los oídos á Roberto. No

quiso dar á entender si creia ó no en aquellos refuerzos de caballería, y prescindiendo de la presencia más ó ménos probable de los oficiales aliados, contestó:—Nosotros tambien estamos sobrados de víveres, tanto, que si nuestro general no pone orden, podrian nuestros soldados acostumbrarse á una vida demasiado regalada, lo cual sería un inconveniente en una campaña más penosa que esta.—Ya me figuro, repuso Pablo, que tendreis para vivir algo más que el cesto de provisiones que os trajo, como á nosotros, ese imbécil Perico, y cuyo contenido hemos repartido nosotros entre nuestros bagajeros. Nuestras avanzadas, haciendo un reconocimiento hácia el lado del castillo, encontraron á Perico, con sus dos cestas, y hubieran podido apoderarse fácilmente de ellas, pero temiamos que no tuvierais víveres, y no queriamos privaros de nada que pudiera seros agradable. Gracias á Dios, esta no es una guerra de exterminio.

XVIII.

Roberto no sabía qué contestar á Pablo, pero felizmente salió del apuro porque llegaron al sitio en que se encontraba el general en jefe. Este habia mandado colocar á Francisco y Alberto, donde no pudieran ser vistos por su compañero, disponiendo que á Francisco no se le pusiera como á Alberto, un pañuelo en la boca, en atencion á su elevada categoría, contentándose con la palabra de honor que le habia exigido de no hablar mientras durase la conferencia. Seguro de que el parlamentario no podia ver á los prisioneros ni comunicar con ellos, mandó que se le quitase la venda, y le

indicó con un ademán que se acercase al círculo luminoso en que se encontraba con Enrique y Carlitos. «Hablad, le dijo, capitan Pablo, y decidnos qué ha podido obligar á los vuestros á pedir esta conferencia á una hora tan desusada.» Roberto saludó militarmente y replicó: «General Jorge, seguiré mis instrucciones al pié de la letra, y seré lo más breve posible. Ante todo os enteraré de la situacion, que podeis modificar ó prolongar, segun que acepteis ó no las condiciones que estoy encargado de proponeros...

—¡Condiciones! gritó fuera de sí Jorge. Id, caballero, y decid á quien os envia que yo impongo condiciones, no las admito.

¡Cómo! ¡Se halla en mi poder vuestro general, sin contar los demas prisioneros; no tengo más que decir una palabra para!... ¿y hablais de condiciones, cuando lo que debiais hacer es implorar mi clemencia? Pablo, al oir este apóstrofe, levantó con orgullo la cabeza, diciendo: Y ¿qué tiene nuestra posicion de desesperada para apelar á la generosidad del vencedor? Es cierto que el general Francisco es vuestro prisionero; nadie lo deplora más que yo. Pero entre nosotros, los contratiempos engendran héroes, y si cegados por una primera ventaja rechazais las proposiciones que nos inspira la idolatría por nuestro general, y el deseo de volverlo á su patria, dentro de una hora vereis vuestro campamento invadido otra vez, no por algunos jinetes bisoños, si no por los cerrados escuadrones de una caballería aguerrida y acostumbrada á vencer. Recordad el terror que os ha infundido nuestra primera carga y no querais aprender á vuestra costa, lo que es la caballería.

de nuestros aliados, mandada por el general Rodolfo. Tal vez entonces vendáis vosotros...

—¿Qué dice de la caballería de sus aliados ese farsante de Pablo? gritó Carlitos, que era poco parlamentario, y se complacía en alterar con sus genialidades las formas oficiales que se observaban en el cuartel general. Esta salida de tono no desconcertó á Roberto, que prosiguió aunque en tono ménos solemne. — Sí, la caballería de nuestros aliados (aunque esto admire al que me interrumpe) con la cual estamos resueltos á intentar hasta lo imposible por salvar á viva fuerza á Francisco y Alberto, si vosotros desconociendo los intereses de todos, queréis continuar la guerra y no firmáis los preliminares de una paz que el deseo de ver á nuestro general nos hace desear vivamente. Esa paz, por otra parte, una voluntad más poderosa que la nuestra va á imponérsela, porque la voz de nuestros padres nos llama, y lo que admira es que no nos haya llamado ántes. Creo que vienen hácia aquí, y si queréis creerme debemos firmar ántes de que lleguen un tratado provisional de paz, que podremos ratificar luego en el salon, ó mañana si no tenemos tiempo, y nos hacen acostar en seguida.

Aunque Jorge y los suyos, no daban gran crédito á lo de los aliados, y hacían perfectamente, había en el discurso del parlamentario un fondo de razón, que no dejó de impresionar á los que lo oyeron.

Sobre todo, la parte relativa á la intervencion de las potencias que deseaban la terminacion de la lucha, era incontestable, y ajustaron un tratado, cuyas condiciones eran: la marcha de los

aliados imaginarios de que había hablado Roberto por un lado, y por otro la libertad de Francisco y Alberto. Subsidiariamente Francisco, en cuanto tuviera ocasion, debía decir á María que sentía haberla disgustado cogiendo flores en su jardin para darlas á Luisa, y que no volvería á hacerlo, sin pedirle permiso. Además, todos los individuos de ambos ejércitos debían trabajar para arreglar el jardin de María lo mejor posible. Estas condiciones eran honrosas y fueron aceptadas por ambas partes.

Pablo dijo que quería dar ejemplo de la confianza que le inspiraba la fe de lo pactado, diciendo á Rodolfo que despidiera á sus aliados.

—Lo cual no le costará mucho trabajo, dijo irónicamente Carlitos.

Pablo se encogió de hombros, y juntando las manos á modo de bocina, gritó:

—Rodolfo, dá las gracias á nuestros buenos amigos por el auxilio que se disponian á prestarnos. Se acaba de firmar un tratado. Ya pueden volver á sus hogares. Que se retiren nuestros *aliados*, Rodolfo, *todos nuestros aliados*, y ven cuando quieras.

Rodolfo, que ya se iba aburriendo de estar solo tanto tiempo, no tardó más que lo absolutamente indispensable para suponer que despedía á sus *aliados*, y se presentó á los firmantes del tratado de paz.

—¿Se han marchado ya? preguntó Carlitos ¿Se han marchado *todos esos valientes aliados*?

—Sí señor, respondió Rodolfo.

—¿Y no han dicho nada? volvió á preguntar Carlitos. Siento yo no haber visto á esos *valientes aliados* para tener el gusto de saludarles.

(Se concluirá.)

LOS HIJOS DE SUS OBRAS.



—Si juega Pablo, no juego, decia Fernando á su primo Julio con mal humor.

—¿Y por qué? le preguntó éste.

—Porque es el hijo del jardinero y no está bien que juguemos con él.

—Pero si nos quiere mucho y es tan bueno...

—Pues no importa, si tú quieres juegas con él; pero lo que es yo no juego.

—¿Por qué disputais? dijo el padre de Fernando, que habia oido parte de la conversacion.

—Porque Julio se empeña en que juegue con nosotros Pablo...

—Y bien, ¿qué tiene eso de particular? no creo que sea motivo para que te incomodes.

—Es que yo no quiero jugar con él.

—¿Y por qué? ¿es mal intencionado, ó tiene alguna mala cualidad que obligue á no admitirle á tu lado? Si es así, hijo mio, haces perfectamente, pues los vicios, los defectos y las malas cualidades, se adquieren muy fácilmente; pues con una persona de malas condiciones pasa lo mismo que con una fruta podrida, que daña al momento á todas las que tiene á su alrededor.

—No, papá, es muy bueno y nos quiere mucho, pero...

—Entonces...

—Pues no quiere que juegue con nosotros, exclamó Julio que habia permanecido silencioso hasta entonces, porque dice que es hijo del jardinero, y que no está bien que juegue con nosotros.

—¿Es cierto eso, hijo mio? le dijo á Fernando su padre.

—Sí papá, ya ves que tengo razon...

—No, Fernando, veo por el contrario que no la tienes, y que tratas con inmerecido rigor al pobre Pablo.

¿No es bueno, no es complaciente, no os quiere, no hace todo lo posible para que le amen? Pues entonces ¿por qué le tratas de ese modo? ¿Tiene él la culpa de haber nacido de padres más humildes que los tuyos? no, hijo mio; y por lo tanto, haces muy mal en tratarle así. Pasaron aquellos tiempos del noble y del pechero; entonces dominaba la razon de la fuerza, y ahora, hijo mio, impera la fuerza de la razon. Hoy que la civilizacion y el progreso avanzan por el mundo rodeados de todas las ciencias y las artes; hoy, á pesar de que algunas veces se puede uno figurar que ha vuelto á las épocas de la barbarie al ver caer miles y miles de hombres bajo la metralla de los cañones Krupp y Armstrong, á pesar de ese residuo de las bárbaras costumbres de otras épocas y de otras generaciones, vemos llevarse á cabo las obras más colosales de los tiempos pasados y presentes; hoy que vemos perforarse montañas de una extension inmensa; hoy que nuestra voz va á resonar á ocho ó diez mil leguas de nosotros, atravesando en cortos instantes ese inmenso é impenetrable abismo llamado Océano; hoy, hijo mio, la primera nobleza es la de la virtud y el trabajo. Hoy, niño, todos son hijos de sus acciones, todos son hijos de sus obras.

No mires los timbres de la nobleza que se hereda, sino los de la nobleza que se adquiere.

La primera, hijo mio, no le cuesta

nada al que la posee; pero en cambio la segunda cuesta muchas amarguras y desengaños adquirirla, y quizá toda una existencia dedicada al trabajo y llena de privaciones.

Antiguamente, hijo mio, la palabra *caballero* encerraba en sí todas las virtudes y buenas cualidades que un hombre puede poseer; hoy día, querido Fernando, suele ser un sarcasmo en la boca de muchos de los que parecen serlo.

Tú que hoy pones el pié en el primer peldaño de la escalera de la vida, tú debes más que nadie cuidar de aprender á distinguir el cristal del brillante, el oro del oropel.

Esto cuesta muchos desengaños aprenderlo, pero al fin lo conseguirás.

Un corazón bueno, sensible, ansioso de ser útil, ávido de estudio y hambriento de trabajo, es un corazón de oro, por más que se albergue en el pecho del hombre más humilde de la tierra.

Pero un corazón exento de toda idea humanitaria, un corazón egoísta donde sólo se albergue la ambición y el cinismo y el deseo de brillar y de gozar de la vida sin producto ninguno para sus semejantes, ese, hijo mio, es un corazón de oropel, es un corazón de ciéno, por más que lata en el pecho de un hombre que descienda de cien reyes.

El primero será útil á la sociedad, y socorrerá á sus hermanos. El segundo pasará por junto á ellos sin dignarse dirigirles una mirada.

Cuando una persona te tienda su mano, no preguntes nunca á qué familia pertenece, no te ocupes de si fué alto ó humilde su nacimiento, pregunta tan sólo si es honrada y laboriosa, y ten por seguro que si posee estas cualidades, por muy humilde que sea, estará á la altura de los hombres más nobles del mundo.

Muchos, muchísimos de esos hombres destinados por el Todopoderoso á vivir eternamente en la memoria de los pueblos, gracias á su talento ó á sus virtudes, han nacido en humilde cuna, han nacido léjos del esplendor y del ruido de los palacios, lo mismo que Jesucristo, fuente de todo lo bueno y todo lo grande, nació en un pesebre cuando vino á redimir el mundo.

No olvides, pues, mis palabras; grábalas en tu memoria, y ten presente que la nobleza de familia es muy inferior á la nobleza del alma, y que todos los hombres tienen un padre universal.

Obra, pues, siempre bien, sé honrado, no desprecies al humilde, si es bueno, y desprecia al poderoso, si es malo, y recuerda eternamente que los hombres son hijos de sus obras.

F. VARGAS.





UNA LIMOSNA POR AMOR DE PIOS